



TERRÍCOLAS, Rosario Miranda

rosariomirandajuan@gmail.com

JORNADAS DE MEDIACIÓN CULTURAL, conferencia inaugural.
El Vellón, 10 de noviembre de 2023

Con vistas a aportar a este foro una reflexión sobre lo local y lo global, el territorio y la Tierra, la vecindad y el planeta, me vinieron a la mente el devenir del clima y los derechos humanos, no para tratar directamente esos asuntos sino como ocasión para enfocar el discurso oficial-mediático-popular que se emite acerca de ellos; según ese discurso se cree, por ejemplo, que un buen ciudadano es una persona que recicla, o que pertenecer a la especie humana da derechos, con lo cual se nace con derechos como se nace con manos o con rodillas. Estas creencias, no por extendidas menos infundadas, me han conducido a indagar qué las hace posibles, en qué se fundamentan, qué imagen y mitos acerca de nosotros mismos están activando y explican su éxito.

Hace tiempo que la visión marxista de la lucha de clases no es la referencia de la crítica a los males sociales. El proletariado como sujeto de la revolución, agente de la historia humana, clase universal cuya misión es abolir el capitalismo e instaurar la tierra prometida en forma de sociedad de camaradas, ese sujeto ha sido sustituido por el *Ántropos*, la especie humana, agente de la historia del planeta, responsable a la vez de la degradación de la Tierra y de su salvación. El capitalismo sigue concebido como un sistema depredador pese a que nunca tantos hayamos vivido mejor, un sistema intrínsecamente perverso cuya maldad, ahora que los trabajadores han empezado a prosperar, se cifra en que destruye el planeta. La destrucción de la Tierra es el fundamento de la actual crítica a lo establecido, el motivo que hoy incita a cambiar nuestra forma de vida. Se cree masivamente que el calentamiento global y el agotamiento de los recursos naturales son nuestros más graves problemas, y que esos problemas tienen una raíz moral: están causados porque nosotros los humanos estamos devastando la naturaleza y terminaremos por aniquilarla, aniquilándonos también a nosotros mismos; nos imaginamos como una realidad aparte, diferente de la naturaleza, y creemos que nos alzamos contra la naturaleza y la destruimos con malas prácticas por las que nosotros mismos pereceremos. Ya no se teoriza, prevé o predice el fin del capitalismo sino el fin del mundo, agenciado por la especie humana, que, sin embargo, tiene la capacidad de revertir el proceso iniciado y redimirse. Este cuadro o composición de la realidad





lleva a mucha gente al convencimiento de que mejora el mundo por cerrar el grifo mientras se cepilla los dientes o por prescindir de las bolsas de plástico -y ahora también de papel- que los supermercados primero, y ahora las tiendas en general, cobran a quien las solicita. Este ecologismo patán segrega una particular formulación del bien y del mal, una ética de la culpa, la amenaza, la obediencia, el castigo, la prohibición y la renuncia, una ética fruto del delirio antropocéntrico y del trasplante de la mitología judeocristiana -con su sentido del pecado y su representación del fin de los tiempos- a una moral pretendidamente laica.

El delirio antropocéntrico es la convicción de que existe una dicotomía o contraposición entre el hombre y la naturaleza. Esta dicotomía es un delirio porque la naturaleza no es un espacio en el que habitamos, ni siquiera algo de lo que formamos parte, no es un contenedor en cuyo interior residen las criaturas. Universo es lo que existe cuando nos referimos a la totalidad de la realidad física y Naturaleza es lo que existe cuando remitimos lo que existe a la Tierra. No somos una entidad diferente de la naturaleza, ni estamos en la naturaleza: somos naturaleza, como los leones, las cascadas, los volcanes o las bacterias, que tampoco están en la naturaleza. La naturaleza no es un espacio ni tenemos la posibilidad de terminar con ella: permanecerá, aunque nosotros desaparezcamos, se mantiene con nosotros o sin nosotros, no puede ser destruida. Dice Harari:

Hace 65 millones de años un asteroide aniquiló a los dinosaurios y al hacerlo abrió el camino para el progreso de los mamíferos; hoy la especie humana lleva a otras a la extinción y puede incluso aniquilarse a sí misma, pero a las ratas les va estupendamente; a lo mejor un día desarrollan la inteligencia y agradecen al hombre la destrucción que provocó como nosotros podemos dar las gracias al asteroide que acabó con los dinosaurios.

El delirio antropocéntrico es una borrachera de importancia que afecta al ser humano, dotado de una notable capacidad para alucinar. Ese delirio aflora en la mitología judeocristiana, en su cosmogonía, según la cual Dios creó el universo para el hombre, que es el ser principal de la Creación y su destinatario; hay una separación ontológica radical entre el hombre y el resto de lo existente y un estatus privilegiado del hombre respecto a todo lo creado. La teoría geocéntrica del universo, formulada por la astronomía en la Antigüedad, casa con estos presupuestos o axiomas bíblico-teológicos: la Tierra está inmóvil en el centro de un universo finito y todos los astros giran en torno a ella, por lo que parece plausible que el hombre, único ser pensante de la Tierra, haya sido investido por Dios de una consideración especial. Después, el heliocentrismo y la infinitud pusieron en duda





la verdad bíblica de nuestra importancia en el cosmos: ¿cómo mantener esa imagen de nosotros mismos desde una teoría astronómica según la cual la Tierra es un planeta más de los que giran en torno al Sol, en un sistema estelar más de una galaxia más de un espacio infinito? Sin embargo, este mazazo a nuestra sensación de importancia, esta especie de humillación cósmica, duró sólo hasta que el desarrollo de la tecnología permitió que aflorase el delirio de omnipotencia, al que también somos propensos, y se empezó a remitir nuestra bíblica importancia a que somos los amos de la Tierra. Así nació la fantasía de que destruimos la naturaleza, que ha derivado en que somos responsables de atentar contra el orden de las cosas naturales y la causa exclusiva de las vicisitudes ambientales.

No es el objeto de esta reflexión dilucidar acerca de si somos o no los agentes -o los agentes exclusivos- de los cambios ambientales, sino enfocar la moralización del fenómeno, así como el fondo religioso que se esconde detrás del modo en que percibimos y hablamos de este asunto en términos de culpa, amenaza, castigo, expiación, apocalipsis y salvación.

Los fenómenos ambientales se constatan, son hechos; esos hechos se interpretan y enuncian en el registro de la catástrofe y en la lógica de hoy más que ayer pero menos que mañana; se vaticina que nos aguardan circunstancias peores, de las que somos y seremos responsables, y se privilegia esta información, se mete como cuña en cada vez más espacios: la meteorología se ha convertido en una noticia obligada en el cuerpo principal de los noticiarios además de conservar su tradicional apartado propio, como los deportes, fuera de ese cuerpo principal, y es además objeto diariamente de uno o varios programas específicos aparte de los noticiarios. Los estudios, investigaciones, congresos, publicaciones universitarias o tesis doctorales tienen cauce y financiación si tratan del cambio climático o lo incluyen, lo que ha dado lugar a disciplinas como el ecofeminismo; podemos encontrar menús gastronómicos encabezados con "Salvemos la Tierra", o perfumes cuyo reclamo publicitario consiste en que su envase es de cristal y, con ello, adquirirlo significa contribuir a reducir el plástico del planeta; también se prescribe el uso de coches eléctricos, denominados ecológicos, aunque, mientras sigamos produciendo electricidad quemando carbón, lo que estamos haciendo es cambiar el humo de sitio. Pero como el coche eléctrico, el cristal o el menú remiten a la salvación del planeta, se asumen como recibe la hostia redentora quien va a comulgar, y se desprecia a quien usa plástico o coge aviones.





Por otra parte, cada vez que sale a colación una subida de temperatura, así sea en una pregunta de un concurso televisivo banal, alguien con cara de circunstancias lanza compungido una prédica exhortando a la conciencia de nuestro mal hacer medioambiental, recalca la importancia de cuidar la naturaleza, recuerda que todavía estamos a tiempo de salvarnos y en breve ya no lo estaremos, y conmina al propósito de la enmienda lanzando la consigna Tenemos que hacer todos todo lo posible para que eso no ocurra. El sagrado deber de dejar intacto el entorno se introduce a la manera de un mandamiento de la ley de Dios en la enseñanza reglada, de forma que adolescentes que no ceden su asiento están convencidos de que actuar bien consiste en proteger especies en vías de extinción; mientras, en la sociedad en general, el daño al medioambiente se suma a la amenaza del cáncer, o del colesterol, y embadurna de culpa muchas de nuestras acciones. El infierno se ha reubicado en este mundo inmanente; el llanto y el crujir de dientes que esperaba a los pecadores tras la muerte y cada cual imaginaba a su manera se concreta ahora en las ilustraciones estampadas en los paquetes de tabaco, que advierten a quienes fuman de las torturas que les aguardan en vida, a ellos y a sus descendientes; además, se pregona que el apocalipsis se acerca en forma de destrucción inminente del planeta, en la que nosotros los destructores vamos a extinguirnos: el fin del mundo está llegando, pagaréis vuestras culpas, hagamos otra hoguera de las vanidades, arrepentíos, el espíritu de Savonarola planea en la escatología laica del siglo XXI, en una moral denominada ética ecológica que divide a la población en buenos y malos y escancia el tedio de repetidas cantinelas, sermones, reproches y monsergas.

Y mientras esto ocurre no se toman medidas efectivas al respecto. Se hacen congresos y cumbres que derivan en congresos y cumbres que generan tratados que no se cumplen, o proponen mejoras como "introducir la perspectiva de género en el cambio climático" o "aumentar el nivel de ambición de los países"¹. Las reformas se quedan en el muro de las lamentaciones: no se instituye un poder mundial para un problema mundial que se plantea como tan acuciante y tan mortífero; las sirenas llevan años sonando sin parar pero, a pesar de que al menor estornudo vamos a Urgencias o de que blindamos nuestras casas por miedo a la inseguridad, ocurre que, ante una crisis ecológica que se argumenta, se documenta y se rastrea desde la revolución industrial, a veces desde el descubrimiento del fuego, nadie se lanza a una acción eficaz; no cambiamos nuestro hábitat, nuestra

¹ Conclusiones de la Cumbre Mundial del Clima 2019.





alimentación, nuestros medios de transporte o nuestras técnicas de cultivo, nuestro modo de producción en suma, algo que sin embargo puede hacerse de un día para otro como mostró la reacción global de los humanos ante la pandemia de 2019. Si realmente quisiéramos, seríamos tan inventivos y eficaces para estabilizar la cantidad de CO₂, o para que los océanos estuvieran otra vez cargados de peces, como lo fuimos para generar vacunas en tiempo récord ante la urgencia de convivir con el covid. Pero con respecto a la llamada crisis ecológica no se fabrica otra cosa que inyecciones de moralina, moralina que va escanciándose sobre cada vez más costumbres sin que nuestro modo de vida cambie. Oficialmente la especie humana -suponiendo que haya un sujeto unificado al que podamos denominar así- hace examen de conciencia, muestra dolor de corazón y emite propósitos de la enmienda, pero tales propósitos no conducen a enmiendas sino al anuncio sádico-profético de la penitencia que vamos a cumplir por nuestros pecados. ¿Por qué? ¿por qué la alarma máxima se conjuga con la inacción? ¿qué es lo que nos está ocurriendo? ¿qué está pasando? De estas preguntas surge la cuestión siguiente: el cifrado al uso de las cosas medioambientales no sirve para tomar medidas; sin embargo, ese cifrado se mantiene, y el hecho de que se mantenga significa que está sirviendo para otra cosa, ¿para qué está sirviendo en realidad?

En el marco de la escisión entre hombre y naturaleza y tras la "humillación" del heliocentrismo a que antes aludimos, no ocupamos en nuestro imaginario el centro del universo, pero no somos insignificantes porque en la insignificante Tierra somos todopoderosos: somos capaces de devastar el planeta y de llevarlo a la extinción. A nivel mítico -un nivel que opera en nuestra psique aunque no seamos conscientes-, el discurso oficial-político-mediático sobre nuestras relaciones con el entorno nutre nuestra sensación de poder, una sensación que es placentera. Parece que los males del planeta nos gustan, porque además de padecerlos sobre todo los perpetrados, somos sus artífices, con lo cual paladear los estragos que presuntamente causamos es un regodeo en nuestro poder. Apolo envió la peste sobre los aqueos en la Iliada y Yahvé calcinó Sodoma y Gomorra en la Biblia, pero ahora somos nosotros los dioses escanciadores de catástrofes naturales; ahora que con la ciencia somos tan sabios como Dios queremos ser omnipotentes como Él. De ahí que, a juzgar, no por lo que decimos, sino por lo que no hacemos, esa presunta destrucción -seamos en verdad responsables exclusivos de los cambios o no- en el fondo no nos preocupa, parece más bien un pretexto o señuelo para activar en nosotros el placer del poder, un placer que se detecta también en otros ámbitos: la muerte es algo sobre lo que vencer siempre y en todo caso, lo que





conduce a la vida pavorosa de muchos ancianos y al encarnizamiento terapéutico; además, emitimos enunciados como éstos: “a este virus lo vamos a vencer”, “vamos a doblar la curva”, “tiene cáncer y está luchando”, “el Mediterráneo sube dos centímetros al año y nosotros lo vamos a parar”, “somos más fuertes que el volcán” y otras expresiones por el estilo. Hablar de esta manera y que a casi todo el mundo le parezca normal indica el grado en que nos aqueja el delirio de omnipotencia.

¿Cómo destupir esta situación? ¿cómo dejar atrás estos delirios? ¿cómo salir de la contaminación moral que emponzoña el aire que respiramos espiritualmente y contribuye más que el CO2 a la inhabitabilidad del planeta? Nuestra cultura está alarmada por la destrucción de la atmósfera física, pero apenas se habla de la atmósfera espiritual en la que respiramos ni se tiene en cuenta ese otro cuidado climatológico. La moral en su justa dosis es aliada de la vida, pero la sobredosis de moral es sofocante, afecta a la inteligencia y a la salud social; en el registro moral los conflictos no se pueden resolver: hay un mandato a acatar, una opción es buena y las demás son desechables, no hay argumentos sino juicios, justificaciones, reproches, homilias, adoctrinamiento, conversiones, predicadores, santos y pecadores, superioridad moral de unos y culpabilización de otros. ¿Cómo salir de esta ecología punitiva?

No es necesario proyectarse hasta la capa de ozono o hasta el fin del mundo para vivir en la Tierra de modo inteligente, ni es acicate para ello la amenaza de extinción, la culpa y la expiación. Es más interesante, y probablemente más efectivo, un estímulo estético, un imperativo de estilo, de estilización de nosotros mismos, una incitación al cuidado en términos de dignidad, no de amenaza, una invitación a tratarnos bien, con calentamiento global o sin él. Más inteligente y práctico, nos aguarde o no el apocalipsis, es analizar por sí misma nuestra forma de vida y comprender que, con catástrofe o sin ella, es de estúpidos vivir para trabajar en lugar de trabajar para vivir, que es lo que está torcido en nuestra forma de abordar la supervivencia y de lo que sí somos inequívocamente responsables. La escasez de recursos es probablemente un mito pero, aunque no lo fuera, seguiría sin ser nuestro problema de fondo: aunque pudiéramos esquilmar un número ilimitado de planetas y hubiera por tanto sobreabundancia de recursos, y aunque no temiéramos que nuestras emisiones de carbono produjeran efectos secundarios perniciosos, nuestra forma de vida seguiría siendo delirante; en cambio, si enfocamos la dignidad de la vida y hacemos de esa dignidad el objeto de nuestro cuidado, la Tierra, que nos incluye, saldría ganando. Cuando arrasamos





costas no nos diferenciamos de las termitas; en lo que nos diferenciamos de las termitas es en que tenemos la capacidad de desarrollar el sentido de la dignidad, fundamento y vehículo de la ética. A pesar del extendido concepto de ética medioambiental, la ética no remite al deshielo de los polos sino a la dignidad de la vida, a la distribución del trabajo, a la finalidad para la que trabajamos o al incremento del civismo, que, a diferencia de coger o no coger aviones, sí son cuestiones éticas y constituyen el núcleo de lo que hemos de abordar para mejorar las relaciones con nosotros mismos, entre nosotros y de paso con el planeta.

Desde el punto de vista de tratarnos bien, el problema que tenemos con los coches -por ejemplo- no es que los coches contaminen la atmósfera; nuestro problema inmediato consiste en que si una vez el coche nos mejoraba la existencia, el desmesurado crecimiento de su número nos la empeora: atascos, colas en los aparcamientos, nervios, malhumor, bocinas que desprenden rabia e impotencia además de ruido, gente que piensa en la policía mientras pide una copa; esos son los asuntos sobre los que tomar conciencia, mucho más cercanos y envolventes que la capa de ozono; o que empleemos ingentes cantidades de dinero en ampliar redes viarias que en breve vuelven a quedarse cortas porque mientras tanto seguimos poniendo coches en el mundo; o que trabajemos para producir coches - y bienes de uso en general- que se estropeen a la menor brevedad con el fin de seguir produciendo más bienes desechables, cuando, si fabricáramos cosas de larga duración, podríamos organizar nuestra vida según valores más altos que el trabajo. Esos son los asuntos realmente relevantes; porque, aunque todos los coches fueran ecológicos y el aire quedara impoluto, ni los atascos, ni la impotencia, ni el malhumor, ni la gente que bebe en función de su coche ni la proliferación insensata de mercancías desaparecerían.

Por otra parte, la culpa y la mala conciencia invitan a la renuncia; pero, a excepción de aquellos afectados de santurronería, no se renuncia a bienes para no dañar el planeta, como no se renunciaba al fornicio por temor al infierno. La lógica para evolucionar no es renunciar a bienes: es abandonar costumbres que han dejado de reportarnos bienes; siguiendo el anterior ejemplo, no se renuncia a un coche: se desprende uno de un coche en virtud de otra forma de entender la libertad de movimientos y de otra disposición del tiempo y del dinero: si pago -sin contar el precio del automóvil- muchos euros en gasolina, aparcamientos, revisiones, multas o seguros, tengo además que ocuparme de poner aire a los neumáticos, controlar el aceite o pasar la ITV, espero media hora para aparcar en el trabajo y pienso en la policía mientras me tomo una cerveza, por qué no gastarme





los mismos euros en coger taxis: me apeo en la puerta de donde vaya, me desentiendo del mantenimiento del vehículo, bebo en función de la velada y no del alcoholímetro y en los atascos leo, porque en lugar de coche tengo chófer. Por calidad de vida, no por la suerte de los polos, se libera un ciudadano de un coche en propiedad, y la calidad de vida no es el objeto de la ética medioambiental sino de la ética a secas o de la estética, que son lo mismo: una cuestión de sensibilidad y apetito de dignidad, no de deber y culpa. No se trata de plegarse al “sé bueno o nos condenaremos”, sino de inclinación a vivir dignamente. El mundo no va a ser un lugar más habitable desde el temor a la aniquilación y el remordimiento por provocarla, ni las arengas ecologistas tienen poder alguno sobre la codicia o la avidez. En la voracidad universal de los ricos y de los pobres -los pobres de Bombay o Bangla Desh sueñan legítimamente con dejar una huella de carbono mucho más contundente que la que dejan actualmente-, el deber ecológico y la culpa no tienen nada que hacer salvo tratados que no se cumplen o movilizaciones ciudadanas al grito surrealista de Todos contra el cambio climático. Lo que sí sirve para progresar es descontaminarnos de miasmas ideológicos y comprender que una sociedad es sana, buena y cultivada si sus miembros producen lo que necesitan y después tienen tiempo libre, si viven lo público como un asunto propio, si deciden activamente las leyes por las que se gobiernan, o si entienden por riqueza algo más amplio que el beneficio material inmediato y descerebrado. Por eso es sana, buena y digna una comunidad, no porque proteja lagartos o porque la gente no fume.

El camino a la inteligencia moral es el apetito de dignidad. Son las relaciones humanas dignas lo que expande la habitabilidad por la Tierra hasta la capa de ozono, y las relaciones humanas dignas empiezan por tratarse bien a uno mismo y a los próximos.

Llamamos próximos a aquellos humanos con los que tenemos cosas en común. La proximidad puede darse a distancia -los amantes de Coldplay o del Real Madrid están unidos por su afición, aunque físicamente estén desparramados por el globo- o puede darse en la cercanía, una proximidad ésta más problemática que la otra debido a una serie de creencias sobre qué es lo que tenemos en común quienes vivimos cerca.

Suele creerse que lo que tenemos en común quienes convivimos en una sociedad es la identidad, es decir, tener la misma raza, la misma lengua, religión, historia y tradiciones. Sin embargo, dado que en las sociedades actuales convive gente de diferente raza, lengua, religión o tradiciones, seguir asociando la





pertenencia a una comunidad local con la identidad es una ilusión óptica, un error de percepción y una torpeza.

Lo que tenemos en común los miembros de las sociedades actuales no es la identidad, es el territorio que habitamos; lo que somos todos en ese territorio es vecinos; lo que hacemos todos en ese territorio es sobrevivir, y lo que hoy, como siempre, da buena vida a los vecinos es la cohesión social. Para vivir bien en común lo que necesitamos es cohesión social, ese es el fundamento de una sociedad sana. Cohesión social y afinidad no son lo mismo: la cohesión social no reside en el culto que rinda cada uno, ni en la raza que tenga, ni en su lengua materna, ni en los libros que lea o el canal de televisión que elija; la cohesión social viene dada por un nivel de vida similar. Desde una calidad de vida digna nadie considera al otro como amenaza ni considera la identidad del otro como pérdida de la suya. La cohesión social viene dada por un nivel de vida digno en todos y por el reconocimiento social y político de todos; éstos son los requisitos imprescindibles para vivir civilizadamente y no en un mundo en el que, a todas las escalas, la rabia de unos se topa con el desprecio de los otros pese a los derechos humanos, que, como el calentamiento global, se pronuncian y viven en términos de arenga y cantinela.

Los derechos humanos se proclamaron en 1948 para todos los integrantes de nuestra especie, pero esa proclamación adolece de la conciencia de que pertenecer a una especie no es lo mismo que pertenecer a una comunidad; lo primero nos viene dado sin que hagamos nada al respecto, lo segundo es fruto de nuestra atención, cuidado y empeño. La igualdad de derechos de todos los seres humanos no es un punto de partida, sino el resultado de un esfuerzo incesante; no nacemos iguales, llegamos a serlo -y a apetecerlo- por la decisión de otorgarnos mutuamente una consideración digna y a través de unos deberes humanos que nunca han sido proclamados. Los derechos humanos no son el correlato natural del hecho de que todos somos seres humanos; ser humanos es una cuestión física, biológica, y eso no es fuente de derechos; pertenecer a la humanidad es lo mismo que pertenecer a cualquier otra especie animal. Los derechos son una cuestión política y los tenemos en tanto miembros de una comunidad cuyas leyes nos albergan, en tanto pertenecemos a una ciudadanía. No hay derechos inalienables del Hombre en tanto Hombre, como atestiguan las penalidades de los apátridas, de los refugiados, de los inmigrantes o de la población civil en zonas de guerra, y como atestigua la escasa disposición -o directamente la crispación y enervación- que produce la cercanía de los extraños, que en general se acepta no por deseo sino por





obligación. No por el hecho de pertenecer a la misma especie tendemos a reunirnos y a sentirnos como un sujeto único.

Para tener realmente derechos en calidad de seres humanos hemos de constituirnos artificialmente como comunidad política de ciudadanos del mundo, al igual que nos constituimos artificialmente como ciudadanos europeos, turcos o chinos. Sin la instauración de una comunidad cosmopolita dotada de derecho positivo, los derechos humanos seguirán siendo palabras huecas, porque ningún derecho es independiente de la ciudadanía. Uno de los cometidos de esa comunidad cosmopolita sería establecer la libre circulación de las personas por el mundo, aboliendo lo que podría denominarse Ley Quieta por analogía con lo que en su día se denominó Ley Seca.

En 1920 el Congreso de Estados Unidos declaró ilegal la producción, compraventa y consumo de alcohol, pretendiendo con ello erradicarlo de los usos y costumbres de la población. Pero lo que consiguió en realidad la prohibición fue subir el precio del alcohol, bajar su calidad, incitar al consumo, propiciar su adulteración, potenciar las mafias, generar toneladas de dinero negro, y producir más muertes por tráfico de alcohol y más alcoholismo de los que había cuando el alcohol era legal. Aquella sociedad cayó en la cuenta de su error, dio marcha atrás y derogó la ley y, cuando el alcohol volvió a venderse legalmente en bares y supermercados, su calidad y su precio se normalizaron, se garantizó su pureza, su comercio contribuyó a las arcas públicas, las mafias buscaron otras sustancias y prácticas prohibidas para montar sus feudos, y algunos consumidores y sus familias padecieron y padecen la mala vida que proporciona el alcoholismo, mientras los más toman copas sin causar más daños que accidentes de tráfico, mitigados por la sensata prohibición de conducir bebido que a todo el mundo le parece bien. Quizás la memoria de este episodio de la historia nos incitaría a comportarnos de otro modo con respecto a las drogas que siguen prohibidas, o a la inmigración y la extranjería.

La ilegalidad de la inmigración no frena, sino incrementa y empeora lo que pretende impedir, que es la llegada desordenada y descontrolada de personas a un país. A causa -nuevamente- del delirio de omnipotencia, los seres humanos no medimos nuestra pequeñez ante avalanchas protagonizadas por el hombre mismo, y cuando la afluencia de inmigrantes aumenta su caudal hasta adquirir dimensiones ingentes, no abrimos fronteras como abrimos compuertas ante una inundación,





sino pretendemos detener a esa humanidad desbocada blindando los estrechos y construyendo muros y alambradas de contención.

Si interpretáramos la realidad sin arrogancia y en otro registro que la amenaza y la catástrofe, sin la ceguera, o la ingenuidad, de creer que las avalanchas se paran con alambre, quizá concluiríamos que, si la gente entrara libremente por puertos y aeropuertos, saldría por esos mismos sitios por propia iniciativa en los múltiples casos en que las condiciones que encuentra al llegar no se corresponden con sus expectativas. Pero ¿quién quiere salir cuando para poder entrar ha necesitado pagar mucho dinero, destruir su documentación y jugarse la vida?

La prohibición del libre movimiento de personas por el mundo -como en su día la del alcohol- no elimina un problema sino convierte un asunto difícil en una realidad dantesca: dispara el precio del transporte, baja los sueldos de los trabajos que los ilegales desempeñan, hace de la emigración una epidemia, disminuye la cotización a la hacienda pública, fortalece las mafias, potencia la trata de personas, produce riadas de muertos, impide retornar o buscar suerte en otro sitio y, dado que es materialmente imposible parar avalanchas humanas con otra cosa que ametralladoras y que quien hace la ley hizo la trampa, sucede que quien quiere entrar lo consigue, si no muere por el camino, y que nos encontramos con miles de personas dentro de la frontera a las que, en la lógica humanitaria también al uso, "se acoge".

La acogida a los ilegales es un oxímoron: no puedes acoger a quien rechazas; los conceptos de ilegalidad y de acogida son incompatibles. Por eso la acogida humanitaria -con su parafernalia de soldados, policías, médicos, abogados y trabajadores sociales- es una hipocresía. Los centros de acogida son lugares de reclusión y hacinamiento de personas que, de ser deportadas, serán inmediatamente sustituidas por la siguiente camada de pateras. Como los centros de desintoxicación o las bolsas de paro, los centros de acogida no atajan el problema sino lo agravan y perpetúan. El paro no se soluciona cobrando, sino distribuyendo el trabajo; las drogas prohibidas hacen menos daño personal y social ritualizándose de otra forma desde la legalidad, y la afluencia ilegal de gente a los países ricos se calma y normaliza creando riqueza en el mundo, dejando de demandar mano de obra barata o dejando de tolerar el trabajo en condiciones que -en los países ricos- se habían superado tras la revolución industrial.

Lo más humano y ordenado que puede hacerse para gestionar la emigración actual es abolir la prohibición de circular, abolir la condición de extranjería como en su día se abolió la condición de esclavo o la condición inferior de la mujer, y obligar





a cumplir las leyes que rigen los salarios y el pago de impuestos en el interior de cada país, sin acoger y sin explotar a nadie. Sin eso, los derechos humanos son y seguirán siendo palabrería.